Selma y la aurora boreal



Abuelo Lennart

Este libro pertenece a

_____

¡Bienvenido a este libro de ejemplo! Está hecho igual que estará el tuyo, con las fotos y las elecciones que se muestran al lado, y enseña cómo puede ser una historia de Saga para ti. Pasa las páginas, lee e imagina a tu peque como el héroe de su propio cuento.

Selma había leído sobre la aurora boreal en casi todos los libros que podía encontrar. En uno, unas cintas verdes bailaban sobre un cielo negro. En otro decía que había que esperar, esperar, esperar. Ahora estaba en el andén con su libro de estrellas en la mano, y el tren nocturno resoplaba nubes blancas a su lado.

—¿Y si empieza a bailar mientras dormimos? —dijo Selma.

—Entonces despiértame —dijo su hermano mayor Oliver, tirando de su mochila.

El abuelo Lennart levantó los billetes.

—Primero encontremos el compartimento.

Selma subió al tren. Una noche más, pensó. Pronto llegará.





El vagón restaurante se balanceaba suavemente mientras el tren avanzaba hacia el norte. Selma comía albóndigas con arándanos rojos y miraba entre la cortina y la ventana. Los abetos de afuera pasaban velozmente como pinceladas negras.

—¿Ves alguna estrella? —preguntó Oliver, con una patata en el tenedor.

—Tres —dijo Selma—. No, cuatro. También esa pequeñita.

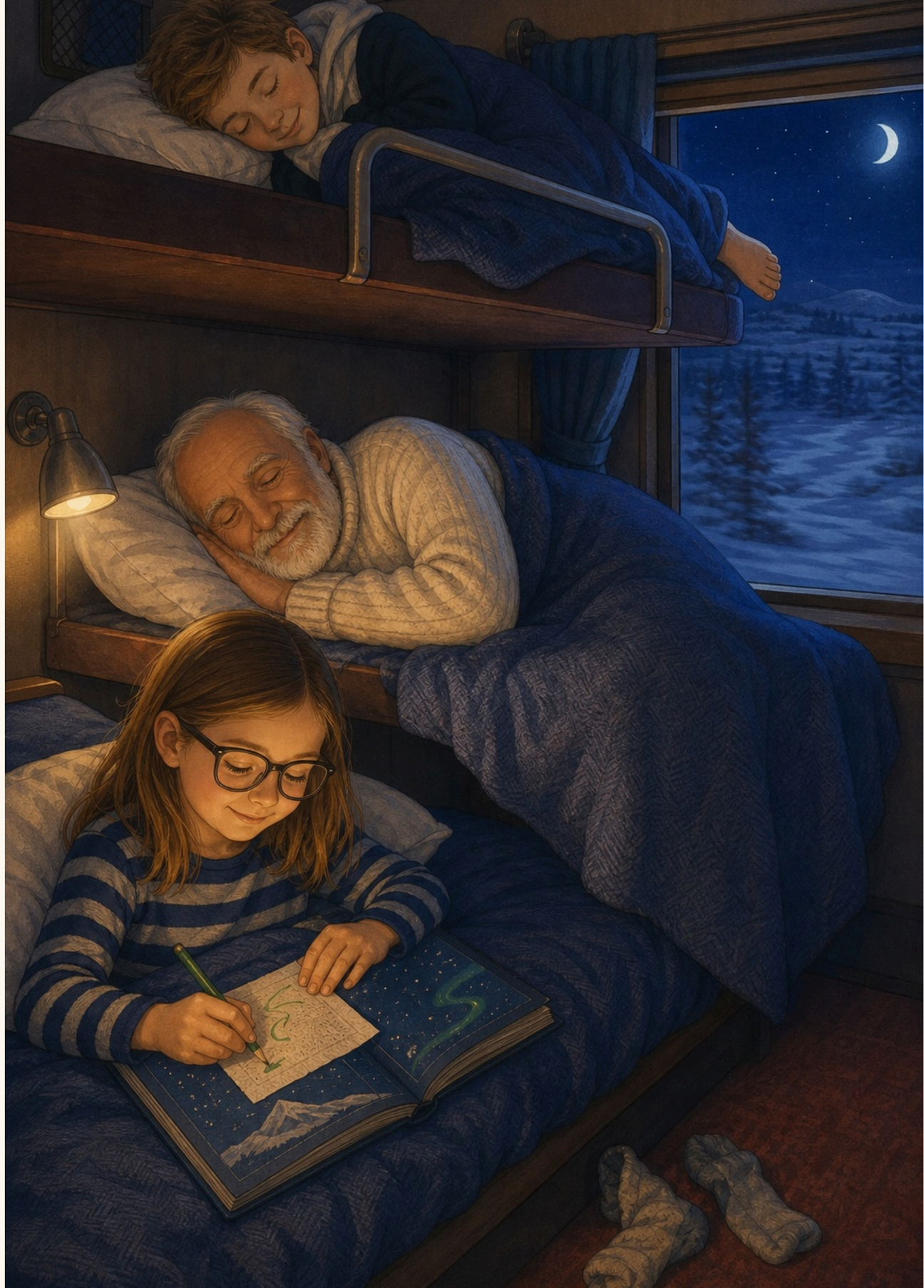
El abuelo Lennart se inclinó hacia delante.

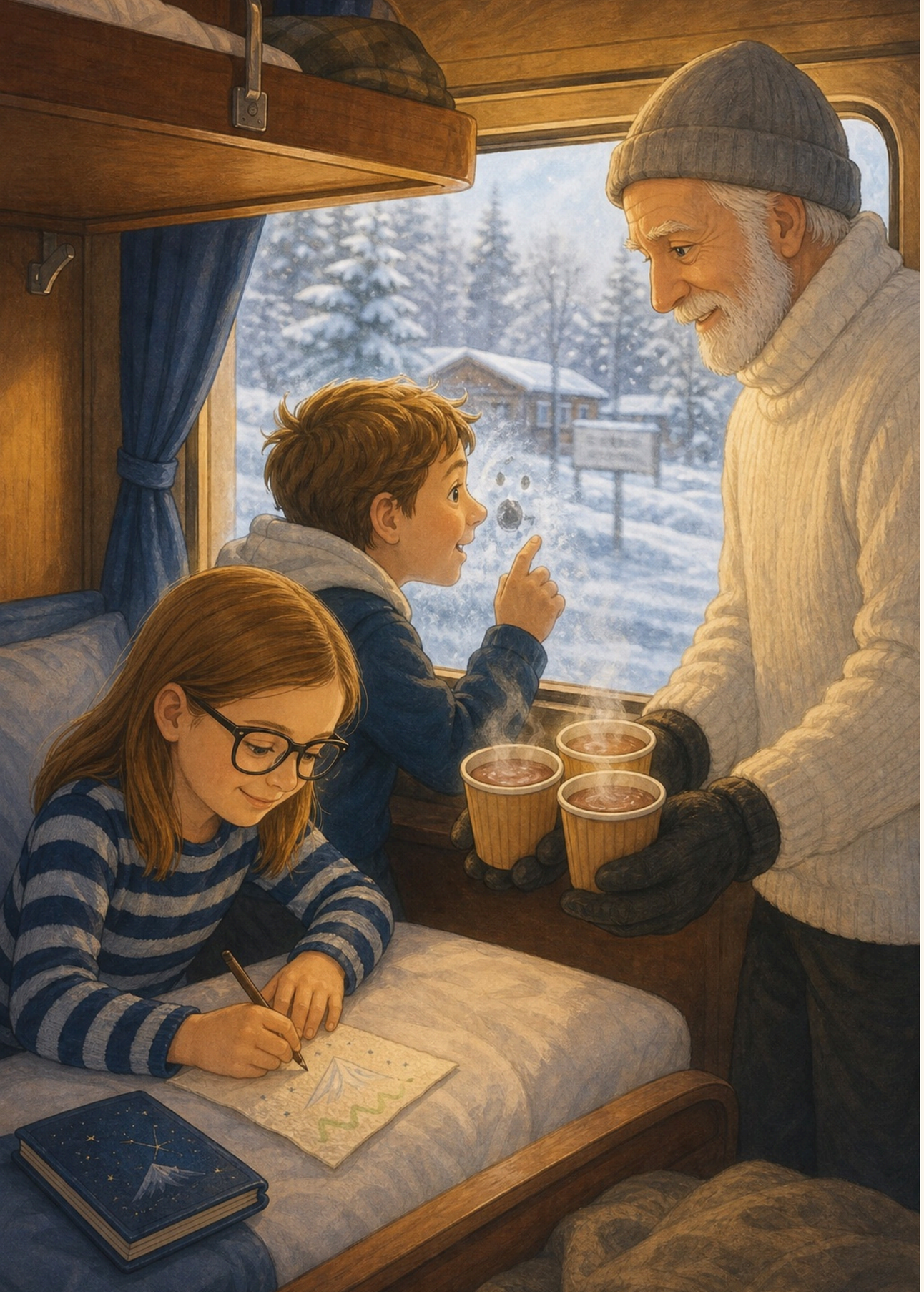
—Las pequeñas se ven mejor si miras durante mucho rato.

Selma cogió una servilleta e hizo cuatro puntos con el lápiz. Oliver dibujó un quinto, aunque dijo que solo era un punto por accidente. El tren siguió rodando, rodando, rodando.

En el compartimento, las camas estaban apiladas como una pequeña torre. Oliver se quedó enseguida con la de arriba. El abuelo se quedó con la del medio. Selma se metió en la de abajo y encontró los calcetines de Oliver en el suelo, dos salchichas tristes que habían perdido sus pies.

Cuando apagaron la luz del techo, Selma encendió su pequeña lámpara de lectura. En el libro de estrellas había una imagen de personas diminutas bajo unos remolinos verdes. Selma dibujó un garabato verde junto a los puntos de la servilleta. Las vías hacían clac-clac, clac-clac bajo ella. Una noche más, pensó Selma, y mantuvo la servilleta bien estirada contra el libro.





Cuando Selma despertó, el mundo al otro lado de la ventana era blanco. Abetos blancos. Colinas blancas. Montones blancos sobre los tejados de las pequeñas estaciones. Incluso el cielo era claro como una hoja de papel vacía.

—¡Nieve! —dijo Selma, aunque nadie podía no haberla visto.
Oliver pegó la nariz al cristal.
—Alguien ha tirado harina por todo el país.
El abuelo Lennart volvió con chocolate caliente en vasos de papel. Selma dibujó una cima blanca en su servilleta, junto a los puntos y el garabato verde. Entre los árboles pasó deslizándose un cartel. Pronto bajarían del tren.

El pueblo estaba quieto entre abetos nevados y suaves laderas de montaña. Cuando llegó la noche, Selma se puso el gorro, los guantes y un abrigo grueso. Oliver salió con ella, aunque dijo que sobre todo quería probarse sus botas. El abuelo cogió la linterna frontal, pero la dejó apagada.

Miraron hacia arriba. Unas nubes grises lo cubrían todo, desde el humo de las chimeneas hasta el borde de la montaña. No asomaba ni una estrella.

—El primer obstáculo —dijo Selma, y escribió NUBES en la servilleta.

Oliver se subió la bufanda por encima de la nariz.

—Ese obstáculo se ha quedado con todo el cielo.

Una noche más, pensó Selma. Mañana quizá las nubes se habrán movido.





La noche siguiente, las nubes eran más finas. Selma vio un puntito pálido muy arriba, quizá una estrella, quizá un pequeño hueco. Pero las luces del pueblo brillaban junto a la carretera, las ventanas y la pista de esquí. Sobre los tejados, el cielo era de un gris parduzco.

—El segundo obstáculo —dijo Selma—. Las luces.

En la servilleta, NUBES tuvo la compañía de LUCES. Los puntos, el garabato verde y la cima blanca se apretaban ahora en el mismo papelito. Oliver miró hacia fuera y negó con la cabeza.

—No va a pasar nunca.

El abuelo Lennart desplegó un mapa de la montaña. Selma vio las curvas de nivel redondas. Una noche más, pensó.

La tercera noche, Selma hizo la mochila para todo. El libro de estrellas. La servilleta. Una bufanda de repuesto. Una tableta de chocolate. Unos guantes que de verdad eran suyos, no de Oliver. El abuelo llenó el termo y Oliver tuvo que llevarlo.
—Hombros más grandes —dijo, hinchando tanto el pecho que casi se le cayó el gorro.

Fuera de la puerta, las nubes colgaban bajas sobre el pueblo, como una manta que se hubiera deslizado desde el cielo.
Selma puso el mapa encima de sus cosas. Entonces el libro, la bufanda y la servilleta se cayeron al suelo. La tableta de chocolate se deslizó debajo del banco.
—El tercer obstáculo —dijo Oliver.
Selma se sentó en medio del desorden. Ahora tenía que mirar mejor.





Selma recogió sus cosas y alisó la servilleta en el suelo. Primero los puntos. Luego el garabato verde. La cima blanca. NUBES. LUCES. Todo estaba allí. Abrió el libro de estrellas por la imagen de las personas, lejos de las luces de la ciudad.

En un borde había una pequeña montaña sobre la niebla. Selma puso un dedo sobre la cima blanca y luego sobre el mapa del abuelo.

—Si subimos allí —dijo—, las luces quedarán abajo. Y también las nubes, si están bajas.

El abuelo Lennart leyó el mapa durante un rato.

—Tiempo tranquilo y sendero señalizado. Se puede.

Oliver le tendió el chocolate.

—Yo llevaré el termo.

Una noche más, pensó Selma. Esta noche.

La última noche, la nieve crujía bajo tres pares de botas. Selma iba primera por el sendero señalizado y contaba las cruces rojas de los postes. Una, dos, tres. Detrás de ella, la linterna frontal del abuelo iluminaba un cálido círculo sobre la nieve. Oliver llevaba el termo con tanto cuidado que caminaba como si fuera de cristal.

—¿Llegamos pronto? —preguntó después de cinco cruces.

—Aún no —dijo Selma—. Pero mira. Las luces son más pequeñas.

El pueblo brillaba muy abajo, y las nubes se arrastraban por la ladera. Selma se subió la cremallera hasta la barbilla. Una noche más, pensó, aunque ahora solo significaba unos pasos más.





Los árboles se hicieron más bajos, más escasos, y después se acabaron. Delante de ellos se abría la montaña sin árboles, bajo la luz de la linterna frontal. El viento tiraba de la capucha de Selma e intentaba olisquearle las orejas. Dio tres pasos, y luego tres más.

Oliver se detuvo junto a una roca que sobresalía de la nieve.

—Ya dije que no iba a pasar nunca.

Pero no dejó el termo en el suelo.

El abuelo señaló la siguiente suave loma de la montaña.

—Desde allí veremos por encima del manto de nubes.

Selma no miró hacia atrás, al largo camino. Señaló la siguiente cruz roja.

—Primero hasta allí —dijo—. Luego a la siguiente.

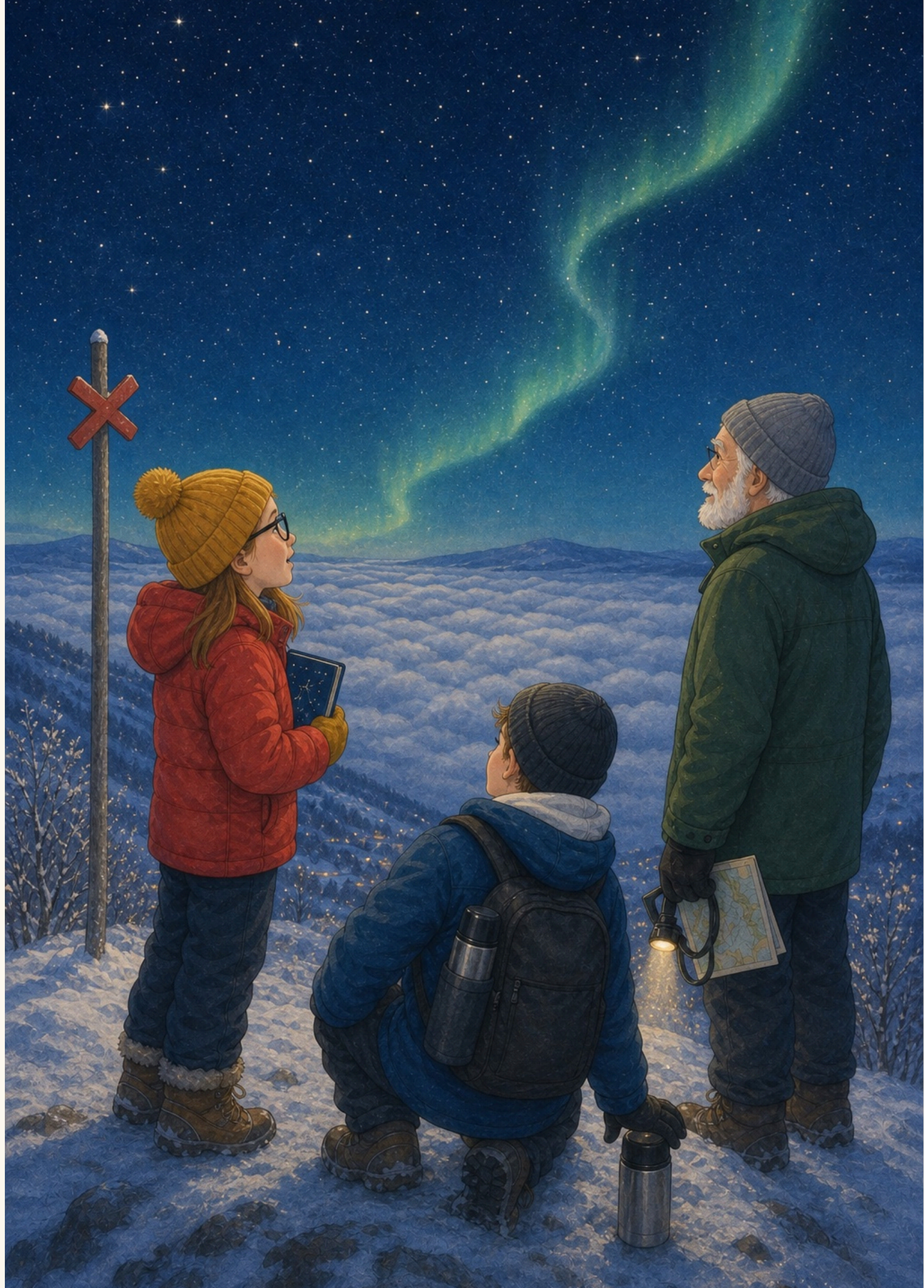
Junto al último poste, de repente todo quedó más silencioso. Las nubes seguían abajo, suaves y espesas sobre el pueblo. Sobre Selma había estrellas, muchas más que los puntos de su servilleta y mucho más brillantes.

El abuelo apagó la linterna frontal. Oliver dejó el termo sin hacer ni clonc.

—Vaya —susurró.

Selma contuvo la respiración. Al principio solo vio las estrellas. Luego apareció una pálida raya verde detrás del borde de la montaña, fina como una línea de su lápiz. Se curvó. Creció.

—Oliver —dijo Selma—. Mira ahora.





La raya verde se convirtió en una cinta. La cinta se doblaba y revoloteaba, como si el cielo estuviera sacudiendo una larga bufanda de seda. Se encendió otra cinta. Después, el verde bailó por todo el cielo, muy por encima de las nubes y las luces.

Al principio nadie dijo nada. Oliver se quitó un guante y se lo volvió a poner enseguida.

—Es de verdad —susurró.

El abuelo sirvió chocolate caliente en tres tacitas. Selma estaba entre ellos y siguió los arcos verdes hasta que se le cansó el cuello. Sobre ellos, la aurora boreal se dobló una vez más, aún más lejos entre las estrellas.

La tableta de chocolate se hacía cada vez más pequeña. Primero desaparecieron las esquinas, después los últimos cuadraditos. Oliver encontró una miguita en el guante y también se la comió. El termo se hizo más ligero, mientras la luz verde seguía serpenteando por el cielo oscuro.

Selma sacó la servilleta. Allí estaban los puntos, el garabato, la cima blanca, NUBES y LUCES. Dibujó tres personitas en una montaña y una gran cinta verde sobre ellas.

—¿Puedo dibujar otra estrella? —preguntó Oliver.

Selma le tendió el lápiz.



Selma y la aurora boreal

Selma, su hermano mayor Oliver y el abuelo Lennart toman un tren nocturno a la montaña para ver la aurora boreal. Nubes, luces y un desorden cada vez mayor se interponen en su camino, hasta que Selma lee sus propias pequeñas pistas de una forma nueva.

es-es.sagatilldig.se